



ENTREVISTA A MANUEL FERNÁNDEZ ÁLVAREZ

Real Academia de la Historia

El Maestro y el Hombre

El tiempo ha permitido a Manuel Fernández Álvarez recoger los frutos de su trabajo. Tras décadas de callada investigación poco a poco reconocida en los ámbitos académicos (Premio Nacional de Historia en 1985 y Académico de la Historia en 1988), el éxito ha explotado en los últimos años con la comercialización editorial por parte de Espasa de los frutos de su labor investigadora. Paradójicamente, fue la coyuntura histórica la que contribuyó al éxito de *Felipe II y su tiempo* (1998) y la que abrió camino al *Carlos V: el César y el hombre* (1999). Tras él seguirían, con similar fortuna en las listas de venta, las reediciones de obras anteriores como *Juana la Loca, la cautiva de Tordesillas* (1994), *Jovellanos. Biografía de un patriota* (1988) y *Fray Luis de León* (1991).

Charlamos con él en su casa, rodeados de libros que nos escuchan las mismas palabras que él ha vertido ya hace años en muchos de ellos: en sus múltiples *Carlos V*, en el preámbulo a su *España y los españoles en los tiempos modernos*, verdadera poética de su historiografía... Con frecuencia, don Manuel se adelanta a nuestras preguntas y nos va relatando una odisea, la suya, que se sabe de memoria por vivida y por contada. Disfruta enseñándonos sus libros, le gusta hablar y recuerda infinidad de detalles, se muestra orgulloso de su pasado y no es para menos, pues ha sido la suya una dedicación por entero a la investigación histórica. Incluso ahora, cuando, aunque nos dice que su ritmo de trabajo ya se ve ralentizado por el de su corazón, 60 años de historia afloran en él con la fuerza de una pasión juvenil.

Pliegos de Yuste: *Vayamos al principio de su historia, ¿cómo le llegó la vocación por la Historia?*

Fernández Álvarez: En realidad mi vocación inicial no era la de historiador. Yo, cuando pensaba qué voy

a ser, a los 14 o 15 años, pensaba en ser escritor, novelista; ésa era mi inicial vocación. Yo a los 12 años me había tragado novelas de medio mundo. No hacía más que leer y leer. El resultado era que, en otras materias, en el Instituto no iba tan allá, en cambio en Literatura me defendía bastante bien. Ésa era mi vocación.

PY: *¿Y cómo fue el paso a la Universidad?*

FÁ: Cuando acaba la Guerra Civil yo ya era bachiller y se me plantea ir a la Universidad y qué carrera escoger. Estoy hablando de una ciudad provinciana, Oviedo, donde había una universidad, pero una universidad de los años 30, incluso antes de la Guerra Civil. Allí no se podía hacer nada más que Derecho o Químicas. Entonces surgió para mí una oportunidad porque mi padre trabajaba en el Banco Herrero. Don Policarpo Herrero, el fundador de la casa, tenía un palacete precioso en Valladolid, cerca de la Universidad, y lo había donado a los jesuitas con dos condiciones: que establecieran una residencia de estudiantes y que en ella tuvieran beca de residencia dos hijos de empleados del Banco Herrero para que pudieran estudiar. Entonces estudiar una carrera no era caro, lo que era caro para la gente humilde era poderse permitir que el hijo, cuando tuviera 16 o 17 años, no llevara un jornal a casa. Había que tener un mínimo de holgura. Pero claro, el problema era que para mi padre, mandarme a vivir a Valladolid era imposible. Ahora bien, dado que había esa posibilidad, y a mi padre se la ofrecieron, él pensó que yo fuera a hacerme médico y yo dije que si iba era para hacer Filosofía y Letras. Lo que ocurrió es que allí no se cursaban entonces todas las ramas que luego existieron en Filosofía y Letras: solamente había estudios comunes y la especialidad, que era Historia. De ahí que yo fuera a estudiar Filosofía y Letras pensando que era la carrera que más me iba a ayudar a mi afición de escritor.

PY: *¿Tardó en incorporarse a la universidad?*

FÁ: Cuando salí, como número uno de mi promoción, ya me vincularon a la Facultad, como profesor ayudante. ¡Cuando tenía 20 años! A mí me parece increíble. Así, me encuentro como profesor de Historia, con el Archivo de Simancas al lado, y con la posibilidad de hacerme doctor en Historia en la Universidad de Valladolid. Y ahí empecé yo mi vinculación a la Historia sin olvidar ni abandonar mis afanes de letras, pues como escritor yo ya escribía unos ensayos y relatos de viaje, compartiendo ambas cosas, una, oficialmente y de cara al público, que es la conocida, la de Historia, y otra más íntima, que era la escritura de un poema, o algún libro de ensayos, alguna novelilla...

PY: *El escritor siempre ha estado latente ¿no? Podría decirse que lo profesional no ha acabado nunca con lo vocacional.*

FÁ: No, no, evidentemente. Incluso Espasa Calpe tuvo la gentileza de publicarme, hace unos años, unos relatos o novelas con el título de *Dies irae*. Eso ha durado hasta hoy porque, en realidad, ¿qué es el libro sobre nuestro querido profesor Fray Luis de León, *El fraile y el inquisidor*? Es un libro de ensayos, son unos diálogos donde se quiere imitar más al poeta que al profesor.

PY: *Probablemente esa pasión por la literatura explica, en cierto modo, eso que tanto llama la atención en su obra de cómo y con qué facilidad ha llegado al gran público. Es decir, cómo, a pesar de ser unas obras eruditas, están narradas, sin embargo, de una manera que cualquier persona no universitaria puede leer como si se tratara de una novela.*

FÁ: Ahí está la cuestión. Hay una técnica, hay muchas horas dedicadas a escribir y muchas páginas que no gustan y se han roto, pero no en trabajos históricos, sino ensayos y de literatura. Eso me ha permitido adquirir con el tiempo una facilidad de expresar las cosas. Muchas veces uno empieza a escribir una idea determinada y en el mismo raptó o arrebató de creación las ideas se amontonan y con frecuencia fluye algo nuevo, inesperado. Es una sensación que todos hemos tenido alguna vez. En ese sentido me ha ayudado mucho la formación remota, cultural.

PY: *¿Cree usted que es necesario un estilo especial por parte del historiador para hacer o narrar la historia?*

FÁ: Sí para ser un historiador, que no un erudito, que pretenda hoy construir una obra de cara al público, que éste pueda leer y entender, y que haga por lo tanto una labor social, sea útil a su sociedad, y no un mamotreto erudito que nadie lee. No olvidemos que la sociedad quiere saber de su historia y ese servicio se lo presta el historiador. Ahora bien, no de cualquier manera, porque las curvas demográficas y los índices de nacimiento, por ejemplo, no son para el gran público.

En cambio a través de las grandes biografías, por ejemplo, y utilizando un estilo, si se quiere, novelado, se puede llegar mejor. Cuando escribí *Juana la loca. La cautiva de Tordesillas* creí que había logrado en gran medida eso y la verdad es que el público lo entendió así.

PY: *¿Qué más hace falta para ser un buen historiador?*

FÁ: Yo creo que en primer lugar hace falta una formación cultural remota grande. En ese sentido haber leído a Dostoievski, a Cervantes y, por supuesto al gran Quevedo, a Pío Baroja... eso me ha ayudado de una manera enorme. Ha sido muy importante el que a mí no me fuera extraño cualquier autor de los grandes de la literatura universal, desde la rusa hasta la americana y la sudamericana, y por supuesto la nuestra, de Italia o de Francia, Balzac o Stendhal, éstos eran autores que yo me leía y hasta me bebía esas lecturas, lo cual ha sido de una gran utilidad para mí. Luego, por supuesto, hay que conocer el arte. También hay que saber ver la tierra porque, en definitiva, ¿cuál es el soporte para el historiador más que la tierra de la que se va a hablar? Si yo voy a hablar de Cervantes tendré que recorrer Alcalá de Henares, si no luego no saldrán las cosas. Y luego, por supuesto, la formación erudita. Y eso sí que yo he procurado cuidarlo, porque bien sé que era lo más fatigoso, y lo más duro y en lo que se me podía reprochar más el «¿de dónde saca las cosas?». De ahí que yo haya dedicado tantos años al *Corpus Documental de Carlos V*, publicado entre 1973 y 1981, esa masa documental donde he investigado a fondo, al principio yo sólo, sin tener equipo alguno. Al final sí he tenido equipo, pero durante más de 20 años he ido yo solo a los archivos y he transcrito a mano los documentos, porque evidentemente para un historiador hace falta eso, acumular material, acumular conocimientos. Pero para eso hace falta esa erudición.

PY: *Y el documento, ¿qué significado ha tenido para un historiador como usted?*

FÁ: Las fuentes de la época que se va a estudiar son un elemento fundamental para el historiador. Y en el caso de documentos como los de Carlos V con sus posdatas autógrafas, si no eres un paleógrafo estás vendido. Esa parte la he cuidado muchísimo y tengo a gala el haber sido el número uno de la disciplina en Valladolid. La clave de un historiador de Moderna es saber entrar en esa cárcel secreta que es esa documentación tan difícil y tener la llave con unos buenos conocimientos paleográficos. E invertí todo el tiempo del mundo en eso, incluso en cartas cifradas.

PY: *Usted completó su formación fuera de España, en concreto en Italia. Los idiomas también han sido importantes en su gestación como investigador, ¿no es así?*

FÁ: Sí, ciertamente fue una oportunidad para un hombre de letras y mereció la pena. Además en una

época, los años 1948-50 en que en España, por cuestiones económicas, nadie se podía mover. Yo no tenía un duro para nada pero conseguí una beca y estuve dos años como estudiante en el Colegio de España en Bolonia. Fue una experiencia impresionante. También aprendí idiomas, porque naturalmente, si vas a trabajar en la parte de la historia española del Imperio es necesario consultar textos en francés, italiano, alemán, ingleses, portugueses y españoles, por supuesto, y los tiene uno que manejar. Yo he tenido que aprender alemán de una forma autodidacta, porque no tenía quien me pagara esas clases. Yo no sabía hablar alemán pero sí sabía traducirlo, que era para mí lo que me hacía falta en aquellos momentos.

PY: *Una idea del trabajo histórico, por lo tanto, que conjuga el rigor científico con la eficacia comunicativa...*

FÁ: Efectivamente. Sin perder nunca la idea de que mis escritos tenían que ser entendidos por la gente pero a la vez tener una base sólida. Por eso, cuando escribo el *Carlos V*, es el resultado del *Corpus Documental*. Quien hoy ve ambas obras no puede decir lo de «¿éste de dónde se ha sacado las cosas?», porque a pie de página se ve claramente que hay un respaldo documental bastante importante. Pero entonces después de toda esta parte erudita tiene que venir, naturalmente, la fase de dar forma a todo ese material que ha recogido. Y ahí escribe su obra. Pero ¿ha acabado ahí? Yo diría que no. Falta una última parte que es la del crítico, porque el primer crítico de la obra debe ser uno mismo, dispuesto a romper o a rasgar y a corregir y a enmendar y a quitar o a poner aquello que realmente encuentre que sobre o que falte, o que no tiene la carga emotiva adecuada. Entonces con toda esa serie de tareas puede uno llegar a escribir un libro que puede entregar a la sociedad.

PY: *Con esas mimbres que usted plantea la figura del historiador es una figura cuya formación es extremadamente compleja.*

FÁ: Muy compleja. Sobre todo para el buen historiador. Hay que tener en cuenta que quien escribe, por ejemplo, sobre la producción de la patata en Galicia en el siglo XVII, no hace Historia. Eso es erudición; que también es importante. Y en esto hay que recordar a Menéndez Pelayo, cuando decía que en la República de las Letras el erudito es un personaje valiosísimo, pero no es más que un peón. El Gran Capitán de las letras no será jamás un erudito.

PY: *¿Usted cree que la formación que recibe el historiador en la actualidad permite esa manera de hacer la Historia?*

FÁ: Ahí sí que no me puedo meter. Hace años que estoy alejado de las aulas y cualquier cosa que dijera sería una frivolidad porque no tengo elementos de juicio

para hablar. Es de suponer que las cosas cada vez vayan a mejor. De todas maneras, en mis tiempos, pero no sé si se ha enmendado o no, ha habido cosas que a mí me pareció que eran como pasos hacia atrás. Un historiador no puede ser alguien que esté en una bárbara especialidad, recordando lo que decía Ortega de que el sabio es el que es ignorante en todo y sabe mucho de algo. Quien estudie el siglo XVI tiene que saber quién fue Fray Luis de León y conocer la poesía de la época. Garcilaso y Carlos V no se pueden disociar, como no se puede disociar Tiziano de Carlos V. O lo que decíamos antes de la tierra: hay que estar en Yuste, o en Gante.

PY: *Después de más de 50 años de magisterio, ¿ha cambiado mucho desde sus inicios en Valladolid su concepto de la Historia?*

FÁ: Pues no demasiado, porque con esas idas y venidas de la historiografía de la época de los Annales y después con la influencia de la Escuela Marxista, con su valor, que hay que reconocer porque es evidente, pero para mí no hay que considerar como axiomas ni como algo dogmático. Es decir, hubo un tiempo en que por esa influencia de hacer historia que fuera de larga duración, la biografía era considerada como algo fuera de juego. Yo nunca sentí que aquello fuera así. Curiosamente, he visto cómo grandes historiadores vinculados a la Escuela Marxista, y muy queridos amigos míos hoy día, han venido conmigo a escribir la biografía de éste o aquél. Por lo tanto, en ese sentido entiendo que no se puede relegar al hombre personal y concreto porque en ese hombre personal y concreto es donde nos podemos ver los demás. Y una de las maneras en que la humanidad siempre ha sentido interés por la Historia y se ha encontrado en el hombre concreto, en otro hombre, es porque ha admirado ese tipo de hombre; sea un poeta, sea un pintor, sea un investigador, sea un descubridor... cuántos, a lo mejor, leyendo las aventuras de Stanley han querido ser exploradores también o cosas así. Escribir la historia de la biografía no es un pasatiempo solamente, no es un entretenimiento para que luego pase un buen rato gente más o menos frívola. No, no. Esa gente no es tan frívola cuando quiere ver a través de ese personaje cómo fue aquella época y sentir esas vivencias encontrando un eco porque en definitiva hombres somos.

PY: *Pasemos ahora al tema de Europa, ¿en qué momento cobra cuerpo en su concepción de la Historia el tema de Europa como problema histórico?*

FÁ: Te agradezco mucho la pregunta porque da la casualidad de que un libro mío tiene por título *Carlos V: un hombre para Europa*. Pero cuándo se publica ese libro. Ese libro lo tenía yo en cartera hacia 1970 pero no logré publicarlo hasta el año 1975. Y entonces gracias a que una editorial inglesa me lo pide y se publica en Londres primero; luego los alemanes lo traducen inmediatamente, se difunde por media Alemania, Europa Central, y

lógicamente se publica en español. Pero la realidad de los pasos es ésa, que es español, va primero a Inglaterra, que me lo pide, con la que tengo el contrato y se publica allí. Pero estamos hablando del año 75, cuando era imposible que España se integrara en Europa.

PY: *¿Era ya consciente usted, entonces y como historiador, de la necesidad de una historia unitaria de Europa?*

FÁ: Claro, en aquel libro ya decía yo que Europa tiene necesidad de su unidad y si no tiene una historia común no conseguirá ser Europa nunca, y en esa historia común la figura de Carlos V es una referencia. Todo eso lo decía yo en el año 75. En este sentido, he visto muy claro que era imprescindible hacer una historia común. Por eso, cuando antes de hacer mi *Felipe II*, me piden una intervención en un acto cultural en Madrid de la embajada de Holanda, donde piden que intervengan profesores de distintas nacionalidades y uno de ellos era yo, intervengo recordando la gran figura que es Guillermo de Orange. Y eso es lo que incorporo a mi *Felipe II*, y este libro procuro que no sea para españoles sino para europeos. Que cualquier europeo lo pueda leer. No es un arma arrojada contra los franceses o contra los alemanes. Porque, claro, Guillermo de Orange es el gran rebelde contra Felipe II. Pero es un gran personaje en la historia de Europa y como tal hay que tratarlo. Es decir, yo he procurado, ya, hacer historia de Europa. Con Carlos V hay que hacer historia de Europa. Con Felipe II hay que hacer historia de Europa. En ese sentido, yo no puedo pensar en la Armada Invencible como una maravilla que por desgracia fracasó. No. La desgracia fue mandar la Armada Invencible, y además fue toda una barbaridad cómo se ejecutó el plan, una forma desatinada y de locos.

PY: *¿Cuál es la vigencia actual de Carlos V y de Felipe II en la Europa del siglo XXI?*

FÁ: Son grandes personajes en la historia de Europa. En todo caso la de Carlos V sobrepasa moralmente la de su hijo. Es decir, tiene una realidad ética, es decir de valores éticos, que no tiene la de Felipe II. En este sentido, yo creo que el historiador no puede dejar a un lado los valores éticos o los juicios de valor. El historiador tiene que ir con su carga moral y cuando ve en el pasado una barbaridad no puede eludirla. No puede tratarse igual el exterminio de los judíos que la producción de la vid o del olivo. ¿Es que lo que para nosotros tiene un valor ético porque es actual y lo estamos viendo cuando el historiador está viendo el pasado ese valor ético se evapora? El historiador es como un juez. Evidentemente puede confundirse en sus juicios, pero ahí es donde tiene que jugársela, mojarse por decirlo así, y tiene que dictar su juicio de valor.

PY: *¿En qué casos, por ejemplo?*

FÁ: Ante la ejecución, por ejemplo, de Escobedo yo tengo que decir: «Aquí ha habido un asesinato y el rey

forma parte de esta conjura para asesinarle». Porque no hay otra expresión; no es muerte por casualidad, no murió sin más Escobedo. Entonces hay un juicio de valor. Y la princesa de Éboli muere prácticamente emparedada. Y eso hay que decirlo. Y don Carlos igual, es un horror lo que ocurre con él. Y eso hay que decirlo. Fue una verdad en su tiempo y porque hayan pasado los siglos eso no se esfuma. Éste es mi concepto de la Historia. Entonces cuando yo veo que Carlos V dice: «Dejo el poder porque no tengo fuerzas físicas para ejercerlo y por lo tanto puedo hacer daño a mi pueblo si sigo gobernando». Yo me quito el sombrero porque esto es una lección moral y de una carga ética que no podemos olvidar. Lo decía mi gran maestro Menéndez Pidal y yo lo sigo diciendo con él: la carga ética que se encuentra en Carlos V.

PY: *En definitiva, entonces, ¿habrá de hacerse una historia de Europa o una historia de las naciones y regiones que la componen?*

FÁ: Yo creo que una historia de Europa. La historia de las naciones siempre seguirá, como siempre habrá alguien en cada nación que haga la historia de su pueblo o de su región. No son contrapuestas mas deben ser solidarias. Pero en todo caso, la historia de las naciones ya está hecha, seguirá haciéndose, por supuesto, pero no es una novedad. Ahora, lo que sí es una novedad, de hecho, es la historia de Europa. Hay que tener ya la conciencia de europeos lo mismo que un asturiano tiene la conciencia de que es español e intentar los que somos del oficio hacer historia de Europa.

PY: *Don Manuel, para concluir, la pregunta es obligada, ¿está trabajando ahora en algo?*

FÁ: Sí, por supuesto. Estoy acabando un estudio sobre Isabel la Católica que espero que en el otoño podrá estar ya en la calle.

